

Uma estaba en el Chapare, buscando trabajo. Había decidido que no quería seguir como ayudante de camión; cada año el trabajo se le hacía más pesado, y no le gustaba mucho manejar. Además, le faltaban algunos años para tener carnet de conductor, y manejar sin permiso estaba prohibido. Él se ponía frente al volante si era necesario, y siempre iba muy lento y tenía muchísimo cuidado. Pero igual, no valía la pena arriesgar su vida de esa manera.

Así que ahora paseaba por el Parque Nacional Carrasco, en el Chapare, averiguando si podían admitirlo como guarda parques, a pesar de no tener aún 14 años.

—Sí, necesitamos ayuda —le había dicho uno de los guardias—, pero tú deberías estar en la escuela, y no buscando trabajo.

Uma se había encogido de hombros. Para él, la escuela se había acabado cuando quedó huérfano, y si bien leía mucho por su cuenta y nunca se había olvidado de las matemáticas, hasta ahí iba a llegar su educación.

—Puedo hacer muchas cosas —le dijo al guarda parque—. Sé limpiar, cocinar, cargar... me llevo bien con los animales, y con las personas también.

Su respuesta había hecho reír al guarda parque, de modo que le dijo que lo pensaría. Mientras tanto, lo invitó a acompañarlo a una visita guiada, junto a los turistas que visitaban el lugar. Contento, Uma dejó sus pocas pertenencias en una mochila, se puso sombrero y empezó a andar junto a su compañero.

